



Seix Barral

Hervé Le Tellier

No hablemos más de amor





Seix Barral Biblioteca Formentor

Hervé Le Tellier

No hablemos más de amor

Traducción del francés por
Rosa Alapont

THOMAS

Hay que dotar a las ciudades de grandes jardines. Los jardines son la condición para que la vida de los jóvenes dé un vuelco, para que tome un camino sesgado, una bifurcación imprevista. Para que desarrolle parte de su potencial. Es en un jardín, el de Luxembourg, donde entra un adolescente una mañana de febrero de 1974. Lleva una bufanda de lana y el cabello largo, y se llama Thomas, Thomas Le Gall.

Thomas es un buen alumno. Con apenas dieciséis años, cursa Matemáticas Superiores, debe satisfacer las ambiciones que su madre deposita en él, obtener plaza en una «Gran Escuela», la ideal sería la Politécnica. Pero esa mañana de febrero Thomas ha salido de su casa, ha tomado el metro —vive en Barbès, en el distrito XVIII— y no se ha bajado en la parada del instituto. Ha seguido la línea 4 hasta la estación de Saint-Michel y luego

ha subido por el bulevar hasta el jardín. Camina hacia el gran estanque, bordea las estatuas de las reinas de Francia, se acomoda en una silla de metal. Ha preparado su escapada. Lleva en la mochila varios libros. No hace tanto frío.

Por la tarde vuelve a casa de sus padres. Tiene hambre: ha almorzado una barra de pan y una pieza de fruta.

Al día siguiente, al otro y todos los demás días, Thomas vuelve al Luxembourg. El jardín se convierte en su cuartel general. Allí se encuentra de vez en cuando con compañeros de bohemia: una chica de su edad, Manon, rubia, nariz respingada y pecas, más colgada todavía que él —el olor del pachuli siempre le recordará a ella—, y Kader, un hombre alto y negro, tal vez en la treintena, un guitarrista que toca en el metro. Cuando llueve, Thomas se guarece en uno de los quioscos o se calienta en el Malebranche, un café lleno de humo donde no tarda en frecuentar a estudiantes del curso preparatorio literario del instituto Louis-le-Grand. Habla de política, de literatura, pone de vuelta y media a Proust, Althusser, Trotsky y Barthes, su vehemencia es proporcional a su ignorancia de los textos. Al leerlos realmente, tiempo después, se ruborizará ante las tonterías enunciadas, le sorprenderá la impunidad de la impostura.

Llega marzo, luego abril. Thomas ha advertido a los enseñantes de que abandona. A sus padres, por supuesto, les miente. Descubre cuán fácil re-

sulta, incluso excitante, cuán dotado está para la mentira. ¿Apesta a tabaco? La emprende contra el estrés de los fumadores durante los exámenes. ¿No tiene dinero para comer? Ahora en la cantina se paga en metálico, dice que sospecha que el administrador incurre en prevaricación. ¿Vuelve demasiado pronto por error? Un experimento de oxidorreducción ha salido mal y el profesor de Química —«no se lo van a creer»— se ha quemado. Nunca debe de haber hablado tanto de sus estudios como a partir del día en que dejó de cursarlos.

Una tarde de mayo, nada más volver a casa, Thomas borda la novela del día. El padre lo observa en silencio. De pronto, la madre explota. Lo saben. Han llamado del instituto: no ha devuelto un libro a la biblioteca, pese a su abandono hace ya tres meses. Pelea, cólera, ruptura. Thomas jamás se incorporará a una Gran Escuela. Deja el domicilio familiar, encuentra refugio en casa de un amigo. Vive de algunos trabajillos —el pleno empleo de la época aún lo permite—, sigue vagos estudios de Psicología, de Sociología, prolonga diez años su adolescencia. Una mañana de mayo, la llamada telefónica de una comisaría lo expulsa de ella brutalmente. La mujer a la que ama, Piette, hospitalizada por depresión y dada de alta recientemente, se ha tirado a las vías del tren. En tres días, Thomas lleva a cabo las gestiones administrativas, organiza la ceremonia, entierra a su novia.

Una vez cerrada la tumba, vuelve a su casa. No sale hasta una semana más tarde, lampiño y con el cabello negro y rizado casi al cero. Retoma los estudios, sus estudios. En el momento en que empieza este relato, una placa de cobre atornillada al umbral del número 28 de la rue Monge, no muy lejos del Luxembourg, resume su trayectoria:

DR. THOMAS LE GALL
PSIQUIATRA, PSICOANALISTA
EXINTERNO DE LOS HOSPITALES
PSIQUIÁTRICOS DE PARÍS

La placa hace de él un retrato muy profesional, pero, después de todo, hoy Thomas Le Gall es muy profesional.

En el cuarto piso, una vivienda familiar de tres habitaciones, la puerta de la izquierda, se ha convertido en un consultorio psicoanalítico. Thomas ha conservado la cocina, moderna y espaciosa. A veces come en ella un rollito de primavera comprado en el restaurante chino. El dormitorio, a la izquierda de la entrada, es hoy la sala de espera: el suelo encerado, dos hondos sillones y una mesita baja le dan un falso aire de club inglés; desde la ventana sin cortinas se ve la calle. Las sesiones de treinta minutos se programan de hora en hora y los pacientes no se cruzan. En días fijos, Thomas recibe en la doble sala de estar: la vista al cielo y a los plátanos del patio estaría despejada si las per-

sianas de madera exótica no tamizaran la luz. La puerta está tapizada con terciopelo negro, el verde oliva del cuero del diván pretende ser relajante. Máscaras africanas observan la estancia con benevolencia, al igual que los moáis, al volver la espalda al mar, protegen la isla de Pascua. Detrás del escritorio estilo Luis Felipe, un paisaje industrial de Stephen Lowry, una grisalla azulada. En la pared restante, un cuadro muy pequeño y muy oscuro de Bram van Velde, que data de su amistad con Matisse. Es la única obra de gran valor. Thomas la adquirió en Drouot, sin duda un poco demasiado cara —si es que pagar demasiado caro el arte tiene sentido—, con el fin precisamente de no volver a fantasear con comprar en Drouot.

Thomas no ignora que ha reproducido en ese espacio la caricatura de un consultorio psicoanalítico. Al menos le ha ahorrado al paciente la estatua dogón y el fetiche de clavos. Ahora bien, lo que expresa el protocolo no carece de importancia, y Thomas presta atención a esa clase de cosas.

En la alta y larga biblioteca de la última pared, la literatura frecuenta el psicoanálisis en un conflicto apaciguado. Joyce se codea con Pierre Kahn, Leiris se encajona contra Lacan, un Queneau —mal ordenado, una buena señal para un libro— se adosa a Deleuze. A la muerte de Queneau, Thomas ya no era un niño. *Si tu crois xava, xava xava xa, xava durer toujours la saison des za la saison des zamours...* Desde hace mucho tiempo, Thomas

Le Gall ya no cree en ello. Las arrugas se hacen más profundas, el cabello rizado, ahora más sal que pimienta, retrocede desde la frente, el rostro ha engordado, se abotarga un poco, el excuarentón va camino del hombre de sesenta años y aún espera que vaya a peor.

El reloj de media luna sobre la chimenea señala las nueve. Thomas ha desactivado el mecanismo de alarma para mantener el control sobre la sesión. En su sillón, espera con paciencia. Lee el *Le Monde* de la antevíspera, ordena unos documentos. Su primera visita llega tarde. Anna Stein siempre llega tarde. Dos, diez, en ocasiones quince minutos, siempre por buenas razones: la niñera que no llegaba, los atascos parisinos, ningún sitio para estacionar. Thomas le propuso otro horario, pero ella rehusó. Tal vez se hace desear. Thomas tiene confianza en la sabiduría de los dichos populares.

Anna Stein. Doce años de una terapia que está llegando a su fin. Al igual que muchos, los primeros años Anna se limitó a contar. Expuso su vida y, luego, una vez que hubo agotado los recuerdos, hurgado en su memoria en busca de la menor migaja, se sintió como un río agotado, seco, literalmente, y se quedó vacía, un año, tal vez más. Solo cuando se confesó vencida, cuando soltó, presa de cólera: «Pero ¿qué más quiere que le diga?», pudo empezar a hablar sin reflexionar, a decir, según la fórmula de Freud, «lo que le pasa por la cabeza», sin tratar de recrear una ficción, de elaborar una

lógica narrativa. Actualmente Anna asocia, descubre conexiones, de nuevo crea sentido. Avanza.

Dos días antes, en el último minuto de la sesión, soltó: «He tenido un encuentro. He conocido a alguien. Un hombre, un escritor». En el gran cuaderno dedicado a Anna Stein, Thomas se limitó a anotar unas palabras, «encuentro con alguien» —el pleonasma lo intriga—, y luego «hombre», «escritor». A la izquierda, aísla lo que percibe como lo fáctico del relato; a la derecha, subraya lo que le parece atrapado en el juego del lenguaje, procedente de una formalización. Anna añadió: «Un flechazo». A Thomas lo divirtió la expresión, dinámica y liberadora.

Después, con lápiz, dibujó una línea de puntos en cuyo extremo inscribió la letra X, que enlazó con la A de «Anna». Cambiando de perspectiva, de lógica, asoció las dos letras X y A en un diagrama oval, un conjunto booleano. No insistió en que hablara más. En el reloj Westminster pasaban varios minutos de la media. Se limitó a decir:

—Hasta el jueves.

ANNA

Anna Stein está a punto de cumplir cuarenta años. Aparenta diez menos en esa clase acomodada donde la norma son más bien cinco. Sin embargo, la inminencia del vencimiento y el embrujo de la cifra la dejan helada, ella, que todavía se siente en la cola del cometa de su adolescencia. Cuarenta años... Dado que imagina que existe un *Antes* y un *Después*, como en los anuncios publicitarios de lociones capilares, vive ya en el duelo de lo que fue y en el terror de lo que aún está por llegar.

Recuerdo de infancia: Anna tiene siete años, una hermana, dos hermanos, el menor apenas empieza a hablar, ella es la mayor, la que recibe todas las reprimendas porque los demás son aún demasiado pequeños. Pero Anna la seductora ha sabido seguir siendo la preferida de su madre. Ha dispuesto a sus hermanos a su alrededor, en semicírculo. La luz dorada que se filtra por la ventana

es la de un día que termina, sin duda un domingo en el campo. Con un libro en la mano, de pie, lee en voz alta. Sazona la historia, demasiado simple para su gusto, con dragones y hadas, ogros y príncipes, y todo se vuelve muy confuso, hasta ella se pierde en ocasiones. Los niños escuchan a su alegre y radiante hermana mayor fascinados, cautivados, también asustados. Con amplios ademanes, saltando a veces, Anna imita la acción, se esmera al entonar con el fin de retener la atención de su joven público. No tiene la menor duda: será actriz, o bailarina, o cantante.

A los quince años, Anna se recoge el negro cabello en una cola de caballo para despejar la nuca. Se instala, triunfal, en su cuerpo de mujer recién estrenado: lleva vestidos de tubo con estampado de leopardo y tacones altos, sujetadores agresivos. Sueña con un destino expuesto, con una carrera bajo los focos, y los nombres de ciudades, Nueva York, Buenos Aires, Shanghái, hacen que el corazón le dé un vuelco. Funda un grupo de rock con ella como solista. Bautiza su formación como Anna And Her Three Lovers. Después de todo, el guitarrista, el bajo y el batería están muy enamorados de ella. Todos lo estarán en vano, uno algo menos que los otros, pero tan poco...

A los veinte años, Anna lleva con elegancia su bata blanca de estudiante de Medicina. La ha elegido ceñida en la cintura, sacrificando la comodidad por la elegancia, la lleva escotada, y como solo

se le ven los zapatos, invierte mucha energía en escogerlos. Con frecuencia son fluorescentes. Curso tras curso, se convierte en la doctora Stein. Inteligente y diletante, aprueba todos los exámenes: sin duda es demasiado orgullosa para fracasar en los estudios. Todavía no lo es lo bastante para atreverse a querer suspender. La vida de aventura que exigía tantas transgresiones se aleja; ahora sabe, pese a sus largas piernas y sus hermosos senos, que nunca bailará en los cabarets. Su madre es médica, Anna se convierte en psiquiatra, se casa con un cirujano, también él judío, tienen dos hijos, Karl y, más tarde, Léa. «Una pequeña empresa judía», dice en ocasiones entre risas. No obstante, de sus veinte años, de aquella nostalgia de la bohemia, le queda la intrepidez en el paso, cierta luz en la sonrisa. Su manera delicada de confesar que nunca ha renunciado por completo a los escenarios.

Sí, Anna se ha convertido en la doctora Stein. Pero ¿cree en ello de verdad?

Un día en que telefonea al hospital para hablar con un colega, suelta con voz segura:

—Hola, ¿podría hablar con la doctora Stein?

Presa de estupor, se apresura a colgar, rogando que la telefonista no haya reconocido su voz. Esperará más de una hora antes de atreverse a llamar de nuevo.